

NEW LEFT REVIEW 123

SEGUNDA ÉPOCA

JULIO - AGOSTO 2020

	ARTÍCULO	
ROBERT BRENNER	Saqueo pantagruélico	7
ENTREVISTA		
ROBERTO SCHWARZ	Neoatraso en Brasil	29
ARTÍCULOS		
SHARAD LELE	Ecoestrategia desde el Sur global	43
MAO JIAN	Sobre la pestilencia y el amor	69
WOLFGANG STREECK	La segunda teoría de Engels	77
CARLO GINZBURG	Galileo y los censores	94
MONIQUE SICARD	Eutopía	115
FRANCIS MULHERN	En la contaduría académica	121
CRÍTICA		
LORNA FINLAYSON	¿Las reglas del juego?	141
JULIAN STALLABRASS	Ironía error	151
ADRIAN GRAMA	Negt sin Kluge	159

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

Oskar Negt, *Überlebensglück. Eine autobiographische Spurensuche*, Gotinga, Steidl Verlag, 2016, 320 pp.

Oskar Negt, *Erfahrungsspuren. Eine autobiographische Denkreise*, Gotinga, Steidl Verlag, 2019, 384 pp.

ADRIAN GRAMA

NEGT SIN KLUGE

¿De qué escriben los sociólogos cuando escriben acerca de sí mismos? Es una cuestión que pocas veces se les planteó a los clásicos: Weber, Sombart, Simmel, Durkheim, Mauss, Pareto o Mosca nunca escribieron autobiografías. Tampoco la generación siguiente parecía muy por la labor de asumir el reto: Parsons y Merton, Halbwachs o Gurvitch, Marshall y Ginsberg, Mannheim, Gehlen o Freyer no mostraron interés alguno por relatar sus trayectorias vitales. Las excepciones a esta regla son pocas y diseminadas, habitualmente localizadas en los márgenes sociales de la tradición. Entre los miembros de la primera cohorte, W. E. B. Du Bois publicó nada menos que tres autobiografías en las cuales el conocimiento de primera mano del Sur de los Estados Unidos se filtra a través de la historia familiar y donde las reflexiones sobre la raza, el mundo del trabajo y la política sirven de hilo conductor íntimo a una vida de erudición y activismo. Entre los miembros de la segunda generación, *A Long Journey*, de Sorokin, relata una historia de exilio, desde la Petrogrado roja hasta Cambridge, Massachusetts, firmemente envuelta en los ropajes del anticomunismo.

La inmigración definió, por supuesto, el destino de una serie de sociólogos que alcanzaron la mayoría de edad durante la República de Weimar: Norbert Elias contaba su vida en perpetua mudanza, de Frankfurt a Ámsterdam, pasando por París, Leicester y Accra; aún joven, Reinhard Bendix recordaba su reubicación desde Brandeburgo a California: ambos eran refugiados judíos y en sus autobiografías reflejaron la experiencia de

toda una generación de académicos emigrados expulsados de Europa Central en la década de 1930. Junto a la opresión racial y la persecución política, la época de posguerra añadió la clase como uno de los temas principales de las autobiografías de los sociólogos. En este caso se trataba principalmente de un fenómeno estadounidense: inconformistas superando las penurias de la infancia, tanto intelectuales como sociales. La oda de Robert Nisbet a las grandes universidades públicas del país en un momento en el que «en Berkeley los costes de la matrícula eran prácticamente cero durante la década de 1930»; Edward Shils partiéndose la cabeza con la sintaxis alemana de Weber durante las sofocantes noches de verano en Filadelfia; Daniel Bell recogiendo las patatas tiradas y los tomates dañados en los mercados mayoristas de verdura en el West Side antes de reunirse con su grupo de lectura para estudiar *El capital* de Marx; Peter Berger asistiendo a las clases nocturnas de la New School después de una jornada completa de trabajo; Clifford Geertz matriculándose en la universidad gracias a su paso por el ejército. Y, como escribe George Homans acerca de la Universidad de Harvard en *Coming to My Senses* (donde rememora su crianza entre la clase alta de Boston, mimado por tres sirvientas y una cocinera irlandesas), la clase no era únicamente un asunto de movilidad ascendente: «Es en la cuestión del servicio doméstico en lo que la vida que yo vivía entonces difiere principalmente de la vida que vivo ahora».

En Europa no se registró una cosecha comparable. Aquí la producción mucho más modesta quedó compensada por la calidad superior de las producciones. La trilogía de Hoggart, *A Measured Life*, es tanto una historia social de las relaciones de clase entre Beveridge y Thatcher, como la autobiografía del pionero del estudio de la cultura popular en Gran Bretaña. Las *Mémoires* de Raymond Aron, con sus más de mil páginas, no tienen rival entre los sociólogos o incluso entre los representantes en general de las ciencias sociales. El enorme volumen de Aron invita a ser comparado con las memorias de las principales figuras políticas del siglo xx, puesto que se lee mejor como un comentario político entregado como colofón de una vida de compromiso público, con apuntes desperdigados acerca de las modas intelectuales pasajeras parisinas y del voluble humor político del Elíseo, y constituye un complemento perfecto de *Le spectateur engagé*, el extenso libro de entrevistas realizadas al autor. Las diferencias con *Les mots* de Sartre no podrían ser más abismales. Finalmente, como contrapunto tanto de Aron como de Sartre, *Esquisse pour une autoanalyse*, de Bourdieu, es la obra maestra del género, el producto de una agenda investigadora o, por decirlo de manera más precisa, de una crítica mordaz de toda narración planteada desde el yo autoral y emprendida desde la ignorancia escolástica de las limitaciones sociales que determinan el curso de nuestras vidas. Pero incluso esta obra es también en gran medida una historia de movilidad social que nos deja atisbar cómo un

joven de orígenes modestos se convirtió en el más importante sociólogo de Francia y por qué solamente la Union Française de la posguerra, donde la igualdad enmascaraba el privilegio en la metrópoli y la modernización conjuraba el despojo en las colonias, podría haber producido un Pierre Bourdieu.

No ha sido por falta de talento por lo que los sociólogos alemanes a duras penas hayan llegado a estas cotas de excelencia. Las luminarias de las dos generaciones sucesivas de la posguerra, Habermas y Luhmann en la primera, Offe y Beck en la segunda, parecían inasequibles a la introspección, al menos en cualquiera de sus formas literarias reconocibles. La única excepción fue *In Kontroversen verstrickt*, de Hans Albert, que relataba la historia entrelazada de su conversión personal al racionalismo popperiano y la transformación de Alemania en una «sociedad abierta». Aún así, la generación que había sido testigo de los combates de la Segunda Guerra Mundial sentía todavía menos inclinación a este tipo de ejercicios literarios, no siendo la menor de sus razones que algunos de los sociólogos habían simpatizado con el nacionalsocialismo durante la década de 1930. Catapultada a la *Lehrstühle* [cátedra universitaria] después de 1945, esta cohorte optó, en el mejor de los casos, por reclamar el centro del escenario para restaurar la disciplina en la República Federal Alemana; lo más habitual fue que se mantuviera en silencio, camuflándose con el resto de la sociedad alemana hasta la revoltosa década de 1960. El antiguo *Stormtrooper* [miembro de las SA] Helmut Schelsky fue un caso típico.

Hasta hace muy poco, este campo estaba únicamente representado por dos obras destacadas, ambas de un impecable carácter mandarín: *Leben im Widerspruch*, de René König, y la más reciente *Über Grenzen*, de Ralf Dahrendorf. Separados por una generación, estos dos hombres tienen tantas cosas en común que ambos eligieron la metáfora del cruce de fronteras como el tema principal de sus autobiografías. Nacido de una madre francesa y de un padre alemán, König se movía sin esfuerzo aparente entre culturas, ya fuera traduciendo del italiano, presentando *L'Année sociologique* al público alemán o encontrando refugio en Zúrich después de determinadas escaramuzas con el régimen nazi a mediados de la década de 1930. Finalmente, durante el periodo de posguerra, desde su base en la Universidad de Colonia, König importó el positivismo estadounidense, estableciendo una escuela de sociólogos alemanes formados en «métodos de investigación», a quienes envió a explorar empíricamente el mundo emergente del «mercado social», el tema dominante de la época. Por su parte, Dahrendorf se movía con facilidad entre la academia y la política, primero en su país natal y después, en sus últimos años, en Gran Bretaña. Por su origen social y por convicción personal, ambos eran liberales, cosmopolitas y emprendedores. Intelectualmente eran esencialmente intermediarios, Dahrendorf quizá ligeramente el más original de los dos y el único que vio cómo su conocimiento atravesaba los confines de su disciplina.

La autobiografía de Oskar Negt, recién editada en dos volúmenes – *Überlebensglück. Eine autobiographische Spurensuche* (2016) y *Erfahrungsspuren. Eine autobiographische Denkreise* (2019)–, es la última contribución al género. No es fácil traducir los títulos: «La suerte del superviviente: una búsqueda autobiográfica de las huellas» y «Huellas de experiencia: un viaje reflexivo autobiográfico» serían torpes intentos, aunque las «huellas» podrían ser también unos «trazos» más metafóricos, mientras que *Glück* en alemán tiene el doble sentido de felicidad y suerte. A la hora de valorar estos dos volúmenes tenemos primero que recordar que la obra de Negt es, en buena medida, inclasificable y que su influencia es imposible de detectar: se trata de un pantagruélico volumen de textos, una miríada de comentarios filosóficos (sobre Kant y Hegel, Marx y Comte, diversas figuras del marxismo occidental del siglo xx), que coexisten estrechamente con estudios de sociología del trabajo y de teoría organizativa, con trabajos de periodismo político y participación en medios de comunicación, además de otros innumerables producidos. No hay disciplina que pueda incluir en su seno tal diversidad, aunque durante buena parte de su carrera Negt ocupara una cátedra de Sociología en la Universidad de Hannover. Temáticamente pueden rastrearse tres inquietudes que se solapan entre sí: en primer lugar, el trabajo, entendido antropológicamente como una actividad humana fundamental, la fuente definitiva tanto de la riqueza colectiva como de la dignidad personal; en segundo lugar, la pedagogía, en su sentido más amplio; finalmente, la política, entendida principalmente como una lucha por la autonomía que se persigue a lo largo de todas las esferas de la vida social.

La pieza central de esta *oeuvre*, sin embargo, es la colaboración de Negt con el escritor y cineasta Alexander Kluge, que tuvo como resultado tres importantes volúmenes que se publicaron a lo largo de un periodo de veinte años, los dos primeros *Esfera pública y experiencia* (1972) e *Historia y obstinación* (1981) disponibles en traducción inglesa. Publicado a comienzos de la década de 1990, la última entrega del tríptico, *Maßverhältnisse des Politischen* [Dimensiones de lo político], es una recapitulación de los argumentos expuestos en los dos primeros, actualizados para recoger la transformación de lo político después de la caída del socialismo de Estado y el vaciamiento paralelo de la izquierda en el resto de Europa. Es también su libro más personal. Los bombardeos masivos aliados de las ciudades alemanas y la retirada de civiles de Europa del Este a medida que el Ejército Rojo marchaba hacia Occidente se evocan aquí como hitos biográficos, «despertares» que conformaron la temprana comprensión de la política para los autores. Esas experiencias traumáticas y su adopción de una forma narrativa como relatos cortos, *Lebensläufe*, siempre han tenido un papel principal en la obra de Kluge. Ahora, con la publicación de la autobiografía de Negt, tenemos la oportunidad de seguir el curso vital del otro miembro del dúo, desde la

Segunda Guerra Mundial y el movimiento estudiantil de 1968, pasando por el activismo socialista y el aprendizaje bajo la tutela de Adorno y Habermas, hasta la defensa de los derechos del «trabajo vivo».

Überlebensglück es un relato de supervivencia, más concretamente de la supervivencia de una familia de campesinos relativamente acomodada a quienes la llegada del Ejército Rojo a finales de la Segunda Guerra Mundial expulsa de su aldea natal en el este de Prusia. La figura del refugiado es el hilo conductor de los recuerdos de Negt, omnipresente en 2016 en los medios de comunicación alemanes y sellada en sus primeros papeles en el registro de la República Federal Alemana como «*Vertriebene und Flüchtlinge*» (refugiados y personas desplazadas). Por un lado, la «búsqueda de huellas» es la afirmación de un método: la autobiografía que vendrá a continuación optará por la libre asociación de metáforas, creando un *collage* que se mueve sucesivamente entre el pasado y el presente, librándonos pues de la cronología estricta y del despliegue progresivo de la vida del autor, una estrategia necesaria puesto que Negt nunca llevó un diario. Por otra parte, es también una declaración política: la vida de Negt fue conformada por la guerra y así lo fue también la trayectoria de la sociedad alemana en la segunda mitad del siglo xx.

¿Cómo se hace para vivir en las postrimerías de la guerra total? El primer capítulo proporciona un contexto a esta pregunta: la infancia de Negt terminó el 25 de enero de 1945, el día en el que el niño de 10 años se separó de sus padres y se quedó con dos de sus hermanas mayores para que llegaran por sus medios desde Königsberg hasta Berlín, en tren o por cualquier otro medio de transporte posible. Que los tres hermanos finalmente llegaran a Alemania, pasando por múltiples campos de refugiados en Dinamarca, no es evidentemente una historia con final feliz ni tampoco la reunificación con su familia debe ser festejada de esa manera. La suerte y la resiliencia hicieron posible esta supervivencia colectiva y, por lo tanto, Negt considera que el tono adecuado de su autobiografía debe ser, o así lo siente, un tono de gratitud llena de esperanza.

Nacido en 1934 en Kapkeim, un pueblo situado a treinta kilómetros de Königsberg, Negt fue el hijo menor de una familia numerosa de *Instleute* recientemente emancipados, esto es, de campesinos dependientes que trabajaban la tierra de los *junkers* y se encargaban de su economía doméstica a cambio de productos, alojamiento y dinero. Sus padres se las apañaron para adquirir su propia *Hof* [granja] en 1931 gracias a recursos procedentes de las redes familiares y empezaron a criar ganado como campesinos independientes. Negt reconstruye la vida cotidiana del pueblo y la organización del espacio doméstico. ¿Y qué hay de la política? Desde Weber hasta la historiografía del *Sonderweg* [senda histórica especial seguida por Alemania], siempre se ha culpado a Prusia del retraso político alemán. A finales de la década de 1920 ya se podía ver a un inspector a sueldo de los *junkers*

encargado de la supervisión de sus asuntos luciendo el uniforme de las SA y el padre de Negt, que había sido socialdemócrata toda su vida y que despreciaba el régimen, se afilió no obstante al Partido Nazi en 1937 para facilitar la boda de una de sus hijas. Eran pequeños compromisos a cambio de beneficios materiales: los miembros del Partido en el pueblo recibían una asignación familiar (*Kindergeld*) y bonos para vender su leche al Estado. Negt le pregunta a su hermana acerca de esto en una de las conversaciones transcritas en el libro. En privado, recuerda ella, a la familia no podía importarle menos la ideología y se mostraba amable con el trabajador forzado polaco al que empleaban en su *Hof*.

En enero de 1945 Königsberg estaba en ruinas y Negt y sus hermanas, hambrientos, vagaban por sus calles llenas de cadáveres hasta que un grupo de soldados se ocupó de ellos. Pero Königsberg era también una capital cultural y Negt se demora un tiempo recuperando su historia, incluyendo su propia experiencia durante el primer viaje de vuelta a mediados de la década de 1990. En cualquier caso, la única manera de escapar hacia Occidente en enero de 1945 era por mar. Sin duda fue la suerte lo que permitió que los niños embarcaran y llegarán hasta la seguridad de las costas danesas cruzando el cementerio en el que se había convertido el Báltico, un *lieux de mémoire* para muchas personas alemanas en el periodo de posguerra (incluido en *A paso de cangrejo*, de Günther Grass). En una nueva entrevista con sus hermanas, Negt explora los dos años y medio que pasaron en Dinamarca en distintos campos de internamiento. ¿Fue la suya una «infancia echada a perder»? No tanto: la vida en el campo era tranquila, había espacio para la amistad, el juego y el trabajo, y los hermanos, en cualquier caso, estaban todavía juntos. Otros supervivientes lo habían pasado mucho peor. Esta descripción de los campos daneses, ¿no es una forma de trauma reprimido? Negt lo duda. La «suerte» señaló el destino de toda una generación entera de *Davongekommenen* [quienes vieron las orejas al lobo].

¿Qué supone experimentar *Glück* ya sea como suerte o como felicidad? Negt convoca a sus filósofos favoritos para responder esta pregunta. ¿Es una intuición moral desarrollada en la infancia que forma y conforma la personalidad adulta? ¿O es más bien la capacidad de enraizarse en una *Heimat* [patria], ya sea la de un pasado que ya no existe (el Amorbach de Adorno) o la de un futuro que aún tiene que concebirse (como en *El principio esperanza* de Bloch)? ¿O es tal vez una mezcla de ambas? En unas frases resaltadas en cursiva, cuyo significado nunca se aclara, Negt concluye que él ha experimentado una buena dosis de *Glück* en su vida y que, *pace* Horkheimer, su impacto no se circunscribe a la infancia, sino que en realidad resuena a todo lo largo de la propia existencia.

¿Se aplica este juicio a los primeros días de la República Federal Alemana? La última parte de *Überlebensglück* cuenta cómo se instaló Negt

en Alemania en 1947 y el destino de su familia mientras se iba mudando entre las distintas zonas de ocupación. Los Negt se instalaron primero cerca de Berlín, en la zona soviética, y enseguida se confrontaron con la colectivización de la tierra. El padre de Negt se decepcionó con los soviéticos, especialmente después de la fusión en 1946 del SPD y del KPD y recelaba de la visión del socialismo que defendía el SED [Partido Socialista Unificado de Alemania], especialmente en lo que se refería a las relaciones agrarias. En el verano de 1951, por lo tanto, la familia volvió a trasladarse, una *zweite Flucht* [segunda huida] dolorosa en tanto que carente de sentido, primero a Berlín Occidental, a un campo de refugiados, durante medio año y, finalmente, a un pueblo situado en el noroeste en las proximidades de Oldenburg. Fue esta segunda huida de la reforma agraria soviética la que suscitó en el joven Negt el deseo de entender las contradicciones entre las pretensiones del socialismo y el surgimiento de esa otra Alemania en el Este. Algunas de las páginas más vivaces describen la infancia libresca de Negt: cómo se hizo una biblioteca personal desde cero, cómo conoció a profesores excepcionales en circunstancias de escasez generalizada, cómo trabajó a Kant en un grupo de lectura del instituto e intercambió con un amigo la obra completa publicada de Goethe a cambio de huevos de granja. Esta temprana experiencia de posguerra con la escolarización, hasta la obtención de su *Abitur* [bachillerato], fue la chispa que encendió el interés de Negt por los temas relacionados con la educación y el autodidactismo, los cuales dejaron huella en el futuro teórico de la transición entre la *Bildung* [formación] y la *Ausbildung* [educación] en la década de 1960.

Überlebensglück termina con una meditación sobre el refugiado, el extranjero y el problema del asilo. Aquí disfrutamos a Negt en su mejor forma, yuxtaponiendo metáforas para iluminar ideas sobre la vida social contemporánea, en un estilo narrativo que nos recuerda a su obra en colaboración con Kluge. La guerra –y el desplazamiento de personas que la guerra provoca– cercena la autonomía de los individuos:

Como refugiado prácticamente pasé diez años sin domicilio fijo; entendí pronto *que precisamente ahí, en los lugares donde hay masas de refugiados desplazándose, las relaciones sociales y humanas no funcionan*. El refugiado atraviesa situaciones que ejemplifican cómo los seres humanos son vapuleados y manejados como materias primas. No existe una humillación mayor ni una dependencia mayor de la buena voluntad de otras personas.

Donde hay guerra hay refugiados y donde hay refugiados no se puede hablar con propiedad de autonomía. En opinión de Negt, la forma en la que las sociedades lidian con la ausencia de autonomía de poblaciones extranjeras necesitadas de alojamiento, comida y empleo es una medida de la civilización, hoy encarnada en el derecho de asilo. Todas estas son ideas sensatas, argumentadas con ardor y defendidas con imaginación. El papel del alegato

final de Negt es fortalecer el estrato medio de la sociedad alemana, esa mayoría civil que dio la bienvenida, o que al menos aceptó, la política de fronteras abiertas de Merkel. Con la autoridad que le presta haber sido un refugiado, Negt se dirige a sus compatriotas, *testis temporum*. Pero, ¿puede equipararse la experiencia de los refugiados alemanes que huían de Prusia Oriental en 1945 con la de los refugiados que hoy cruzan el cementerio mediterráneo? ¿Encajan las dos experiencias de humillación y dependencia en la misma brújula moral? Negt no se hace esas preguntas. Sí señala, no obstante, que la pobreza y la miseria también obligan a la gente a encontrar una nueva *Heimat* y que los «refugiados económicos» (*Wirtschaftsflüchlinge*) tienen el mismo derecho a escapar de las privaciones que la gente que huye de la posibilidad de una muerte violenta. La equivalencia que funciona en estas páginas finales es entre guerra y miseria. Pero lo que aquí falta de manera conspicua es la categoría de suerte que ha prestado su coherencia a la autobiografía de Negt: si huir de la pobreza es también una cuestión de suerte, ¿debería la futura autobiografía de un «refugiado económico» de hoy adoptar también un tono de gratitud llena de esperanza hacia la Unión Europea en general y hacia Alemania en particular?

En *Erfahrungsspuren*, como en el primer tomo, Negt se dirige al presente, que concibe como el desmantelamiento del Estado del bienestar y la consecuente disolución del compromiso de clases de la posguerra que lo sustentó. El concepto organizador aquí ya no es tanto la suerte como la dialéctica, ahora convocada para registrar y explicar las tensiones entre los diversos lugares de experiencia y los campos de acción que organizaron la vida adulta de Negt. Esperamos, por lo tanto, aprender tanto sobre la República Federal Alemana como sobre el propio Negt: el funcionamiento interno del sistema universitario, las reglas del campo académico o los múltiples vínculos entre la política y los intelectuales, a la manera del *autoanalyse* de Bourdieu. Negt escribe aún como un miembro de la generación que experimentó de primera mano la dictadura, la guerra, la expulsión y el exilio, y habla de sus esperanzas de contribuir a una mejor comprensión de la democracia, del aprendizaje y de la libertad, pero su marco conceptual ahora ya no es la crisis de los refugiados de 2016, sino el capitalismo contemporáneo y el sistema de dominación que impulsan los principios de la producción de mercancías (*Warenproduktion*) en todas las esferas de la vida social, que amenazan con minar las relaciones sociales que afianzaban una Europa pacífica en la segunda mitad del siglo xx.

¿Qué papel han jugado los primeros años de la vida de Negt en su decisión formativa de estudiar en Frankfurt, con Horkheimer, Adorno y Habermas? La experiencia de la guerra y el fascismo, ¿hizo que prestara más atención a los temas sociales? ¿Podría explicar por qué le dejó indiferente una conferencia de Heidegger a la que asistió el año antes de graduarse

del instituto en 1954? En 1955 se encaminó primero a Gotinga a estudiar Derecho, con una recomendación de su profesor para ingresar en una *Burschenschaft* [asociación estudiantil local]. Pero el ingreso en la fraternidad conllevaba obligaciones, en especial el deber de socializar y de planificar su futura carrera, lo cual Negt sintió pronto como una carga. Sus orígenes sociales tampoco ayudaban en una época en la que únicamente el 5 por 100 del alumnado universitario de la República Federal Alemana procedía de familias campesinas y obreras. Además, Gotinga era una universidad conservadora, como lo eran la mayoría de las universidades alemanas en aquel momento. Marx estaba ausente de las bibliotecas, no digamos ya de las aulas y seminarios. Enseguida Negt decidió, sucesivamente, dejar la fraternidad, unirse a la SDS (Sindicato de Estudiantes Socialistas Alemanes) y matricularse en Frankfurt para estudiar filosofía y sociología.

Frankfurt era un universo totalmente diferente tanto política como intelectualmente. Las políticas socialistas, incluso bajo el paraguas del SPD, eran incomparablemente más abiertas y a menudo estaban dirigidas por sindicalistas retornados, mientras que la universidad era también más inclusiva, con las aulas repletas de estudiantes ansiosos por aprender de Horkheimer y Adorno. Sobre el primero Negt no tiene mucho que decir: un conferenciante fascinante, pero no mucho más. Parece ser que Horkheimer despreciaba la educación para adultos tanto como el estalinismo, un simple caso de reformismo. Negt se implicó mucho más con Adorno, primero presentando un trabajo en su seminario y después absorbiendo buena parte de su filosofía. De hecho, buena parte de la primera sección de *Erfahrungsspuren* consiste en glosas de Adorno. Y fue también en el seminario de Adorno donde Negt conocería a Habermas, a quien parece que le impresionó tanto el trabajo que Negt escribió para aquellas clases que en 1961, una vez contratado en Heidelberg, le ofreció llevárselo como ayudante suyo. Aunque todavía no había terminado la carrera, Negt ya había puesto en marcha un programa de educación para adultos dirigido a los miembros de los sindicatos en Oberursel, la Bundesschule de la DGB, un producto de la fértil colaboración entre el SDS e IG Metall en el ambiente socialista de Frankfurt. La experiencia despertó su interés en la educación como «una nueva forma de conciencia política». Al mismo tiempo, seguir a Habermas a Heidelberg también le colocó en la senda de la academia.

Los recuerdos de Negt de su relación con Habermas conforman un retrato muy conmovedor. No solamente Habermas le ayudó a aprobar sus exámenes finales, uno de los cuales había suspendido previamente; también convenció a Adorno para que acelerase la tesis doctoral de Negt a fin de garantizarle el empleo de Heidelberg. Habermas contrató nada menos que cuatro ayudantes, cada uno de ellos trabajando en los temas que a él le interesaban en aquel momento (positivismo, filosofía lingüística o la

antropología filosófica de Gehlen) y, podemos deducir, cada uno con su propia red política. Negt cayó en la casilla dedicada al marxismo y al SDS. Pero no se trataba de la típica relación jerárquica: se dirigían entre ellos con el *bürgerliche* «usted», pero se animaba a la autonomía y el debate, era una relación de reconocimiento mutuo que no excluía la crítica. En 1968, Negt editó una colección de ensayos, *Die Linke antwortet Jürgen Habermas*, algunos de ellos muy críticos, que molestaron a Habermas profundamente (pero no tanto como para despedir a su ayudante). Entonces una gran editorial le ofreció a Negt un buen anticipo, unos 2.000 marcos alemanes, para que hiciera una crítica de izquierda de la «esfera pública» habermasiana, pero Negt no tenía claro cómo abordarla.

Al año siguiente, Negt conoció a Alexander Kluge. Tres años mayor, amigo de Adorno y ya una figura importante del Nuevo Cine Alemán (*Abschied von Gestern –Una muchacha sin historia–* ya había causado impresión en su estreno en 1966), Kluge asistió al seminario de Negt y, después del debate, se acercó a presentarse. Se llevaron bien enseguida y Negt le explicó el dilema que tenía con su nuevo libro. A Kluge le entusiasmó el proyecto y empezó a soltar ideas; ambos accedieron a colaborar en el proyecto y se dividieron el anticipo. Tres años más tarde se publicaba *Esfera pública y experiencia*, el antídoto «proletario» a Habermas, caracterizado por un fuerte tono utópico y por la pretensión de constituir un recurso para la izquierda extraparlamentaria, entraba en imprenta. En opinión de Negt, todos sus libros se produjeron de la misma manera. La pareja se reunía durante semanas seguidas, se sentaban en torno a una mesa llena de libros, artículos, recortes e imágenes y se enzarzaban en una discusión libre, en la que uno de ellos terminaba las frases del otro. En la misma mesa alguien mecanografiaba su proceso mental a medida que se desarrollaba. Cuando le contaron a Habermas este método de trabajo, esa colaboración codo con codo le pareció una pura película de terror, pero esta era eficaz ya que había producido más de dos mil páginas que les ganaron seguidores en Alemania y en el extranjero, conduciendo a Fredric Jameson a compararlos con Deleuze y Guattari en una larga reseña del libro ahora incluida en *The Ideologies of Theory*. El paralelismo tiene sentido. Como ocurre con la pareja francesa, más famosa, el trabajo colaborativo de Negt y Kluge apenas puede leerse atentamente de cabo a rabo y hoy nos habla más mediante su lenguaje inventivo y metafórico que mediante sus argumentos: se trata de piezas de época de una elite intelectual europea actualmente en declive que en un momento dado disfrutó de suficiente *otium* como para poder prescindir de las convenciones de la trayectoria académica.

Al mismo tiempo nos decepciona no enterarnos apenas de nada acerca de la historia general de la izquierda extraparlamentaria alemana de ese periodo, a pesar de que Negt fue un teórico clave de la nueva izquierda

para el Sozialistische Büro y para su red de revistas en los primeros años de la década de 1970. El manifiesto de Negt, *Nicht nach Köpfen, sondern nach Interessen organisieren* [Organizarse en torno a las necesidades, no a las ideas], escrito para el Sozialistische Büro en 1972, articulaba una comprensión de la política que iba más allá de las cuestiones de poder para centrarse en los procesos de producción y comunicación, en la traducción política de los intereses alienados en el tejido de la vida cotidiana en campos de trabajo específicos: «El Sozialistische Büro se distinguía del resto de las organizaciones, que en la década de 1970 se comprendían a sí mismas mediante símbolos proletarios, gestos revolucionarios y agresivas directivas partidistas, por la noción de campos de trabajo (*Arbeitsfelder*)». Negt dedica cierto espacio en *Erfahrungsspuren* a su intervención en el congreso en solidaridad con Angela Davis celebrado en Frankfurt en junio de 1972, cuando, flanqueado por Marcuse y Abendroth, pronunció un discurso oponiéndose a la violencia y a la política del miedo que fomentaban los «proscritos» de la Baader-Meinhof. Lenin, en la interpretación de Negt, había supuestamente demostrado que el terrorismo y el movimiento obrero eran incompatibles y que el socialismo no podría construirse mediante las armas, al menos no en Alemania Occidental. Cohn-Bendit, Dutschle y Fischer harían bien en tomar distancias con respecto a la Rote Armee Fraktion [Fracción del Ejército Rojo].

Para entonces Negt se había mudado a Hanover para ocupar una cátedra, no sin antes explicar sus ideas sobre el tema de la revolución a las autoridades locales encargadas de decidir el nombramiento. La elite política de la Baja Sajonia dudaba con razón en contratar a alguien con una tendencia a difundir ideas tan incendiarias, pero Negt disipó sus miedos asegurándoles que en su opinión la revolución era «la evolución de una constitución del derecho natural» («*die evolution einer naturrechtlichen Verfassung*») que afecta a todas las formas sociales. Aunque quedó el segundo de la terna de candidatos, el ministro de Cultura, Peter von Oertzen, del SPD, ignoró al primer candidato y nombró a Negt, para disgusto de la conservadora facultad. Una vez que tuvo asegurada la cátedra, Negt podía dedicarse a su *Arbeitsfelder* de interés: la educación para adultos, especialmente en beneficio de los miembros de los sindicatos; la escolarización experimental y la pedagogía tal y como la encarnaba la Glockseeschule en Hanover; la teoría socialista «utópica» para el Sozialistische Büro; y, por supuesto, su trabajo con Kluge. Si su experiencia como refugiado fue la negación de la autonomía, Hanover le ofreció una segunda *Heimat*; arraigado allí, podría construir su crítica. El arraigo incluía también una implicación activa en la política del SPD local. Negt confiesa que fue él quien metió en política a Gerhard Schröder, cuando formaba parte de un grupo de intelectuales que querían acabar con el gobierno de la CDU de Ernst Albrecht en la Baja Sajonia y que promocionaron a Schröder, que también contaba con un origen de clase

obrero, como una alternativa viable. Conservaron una relación personal de amistad, incluso cuando Schröder ocupó la Cancillería, donde mutó rápidamente a una mezcla alemana de Clinton y Blair: «La amistad no depende de la política», explicaba Negt a un joven crítico. *Erfahrungsspuren* concluye adecuadamente con un alegato a favor del socialismo y la apelación de rigor de leer a Marx de nuevo.

¿Cómo podemos evaluar la autobiografía de Oskar Negt? El segundo volumen, en concreto, no cumple con su objetivo explícito de ofrecer una comprensión dialéctica de la República Federal Alemana desde la década de 1950 hasta el momento presente. Falta la historia de la expansión económica de Alemania Occidental y de la prosperidad que acompañó la democratización del país después de la guerra. No se dice ni una palabra acerca de la transformación del capitalismo alemán o del surgimiento de la sociedad de consumo de posguerra. Igualmente sorprendente en el caso de un sociólogo que hace remontar su pedigrí intelectual a la Escuela de Frankfurt es la total indiferencia por las condiciones sociales que hicieron posible la dedicación de toda una vida a la teoría. Las alternativas a la política hegemónica de la izquierda no fueron un fenómeno exclusivamente alemán de las décadas de 1960 y 1970, ya que las teorías que destacaban la movilización de abajo arriba de una ciudadanía heterogénea, ajena a las estructuras de partido, caracterizaron por completo esa época histórica tanto en Europa como fuera de ella. La constelación de fuerzas que convirtió durante un breve instante a la República Federal Alemana en un terreno tan fértil para la política y la teoría socialistas se queda fuera del alcance de la autobiografía de Negt. Ambos vacíos de la narración pueden atribuirse a una ausencia de autorreflexión, que, de haber existido, le habría permitido poner algo de distancia entre sus recuerdos y sus diversos contextos, así como construir estos como auténticos campos que requieren una descripción. El aterrizaje de estos dos volúmenes en las realidades sociales del presente, aunque es analíticamente meritorio y políticamente útil, no colma el vacío históricoanalítico contra el que Negt perfila su vida.

Un párrafo aparentemente insertado al azar en la mitad de *Erfahrungsspuren* podría darnos una pista de un tercer presente, que complementaría la crisis de los refugiados y el desmantelamiento del Estado del bienestar de posguerra como ancla de la autobiografía. Aquí Negt señala que, a diferencia de los intelectuales burgueses, que poseen la confianza para expresarse en público, los académicos procedentes de los ambientes proletarios o campesinos no poseen esas cualidades de manera natural: «He pagado un precio por mi progreso profesional (*Aufstieg*), incluso en el plano de las relaciones personales». En 1969, invitado a pronunciar una conferencia sobre el «capitalismo tardío» en un panel junto con Dahrendorf y Adorno, Negt preparó concienzudamente su presentación, pero decidió no comparecer, fingiendo estar enfermo. Le parecía

aterrador e inquietante (*unheimlich*) compartir el podio con dos celebridades de ese calibre. En la Alemania de hoy en día, el debate público propicia la regresión profesional más que el avance. El superventas de Oliver Nachtwey, *Die Abstiegs-gesellschaft* y el reciente libro de Münklers, *Abschied vom Abstieg*, trazan un cuadro de una Alemania en la que, por primera vez desde 1945, los hijos vivirán peor que sus padres. En este contexto social deprimente, Negt recupera un pasado donde la movilidad ascendente parecía la norma y en el que las universidades ofrecían puestos a unos pocos afortunados sin tener en cuenta su origen de clase.

Tarifas de suscripción a la revista *New Left Review* en español

Para España

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [55 €]

Suscripción anual para Instituciones [200 €]

(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a una misma dirección postal)

Venta de un ejemplar individual para instituciones [20 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

Para Europa

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [85 €]

Suscripción anual para Instituciones [300 €]

(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a una misma dirección postal)

Venta de un ejemplar individual para instituciones [30 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

Resto del mundo*

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [120 €]

Suscripción anual para Instituciones [350 €]

(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a una misma dirección postal)

Venta de un ejemplar individual para instituciones [50 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

Formas de pago

Se puede realizar el pago mediante tarjeta de crédito, transferencia bancaria o domiciliación bancaria a través de nuestra página:

<http://traficantes.net/nlr/suscripcion>

Para cualquier duda podéis escribirnos a nlr_suscripciones@traficantes.net